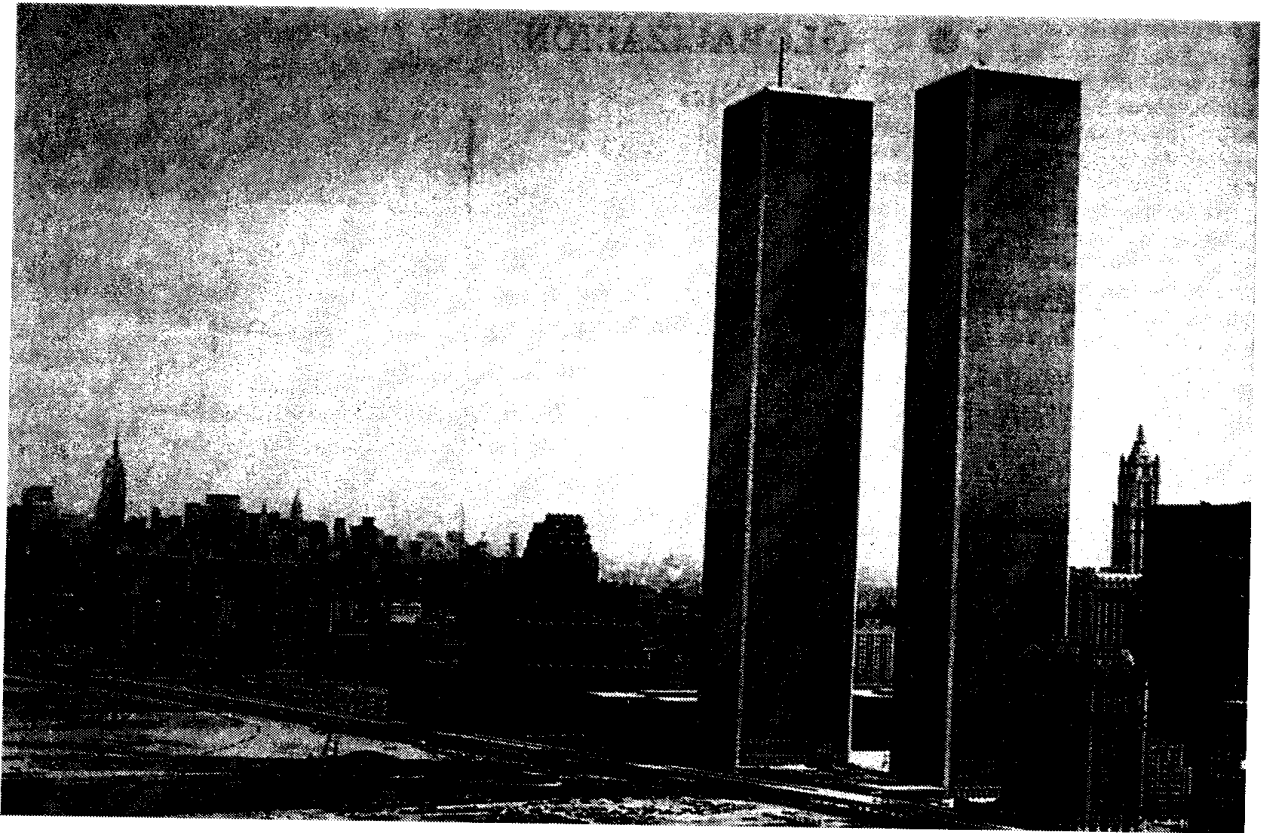


- GLOBALIZACIÓN
Y CRISIS





GLOBALIZACIÓN, VIOLENCIA, REVOLUCIONES NUEVE TESIS*

Adolfo Gilly

RESUMEN

En el artículo se plantea el tema -para muchos analistas olvidado o ya definitivamente superado- de la revolución en el contexto de la globalización. Se argumenta que la globalización capitalista, lejos de eliminar las contradicciones que dieron origen a la revolución como parte de la modernidad capitalista, ha preparado un nuevo terreno para el estallido de movimientos sociales radicales. En la globalización se está conformando una nueva relación entre dominación, resistencia y violencia.

ABSTRACT

This article puts forwards the theme, forgotten and superceded for many analysts, of revolution in the context of globalization. Gilly argues that capitalist globalization, far from eliminating the contradictions that generated revolution as part of capitalist modernity, has prepared a new terrain for the explosion of radical social movements. Globalization is leading to the conformation of a new relationship between domination, resistance and violence.

La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en que ahora vivimos es en verdad la regla. El concepto de historia al que llegemos debe resultar coherente con ello. Promover el verdadero estado de excepción se nos presentará entonces como tarea nuestra, lo

* Este artículo aparecerá en John Foran (comp.), *The future of Revolutions-Rethinking Political and Social Change in the Age of Globalization*, Zed Press, Londres, 2002. Agradecemos a Zed Press la autorización para la presente publicación.

cual mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo. La oportunidad que éste tiene está, en parte no insignificante, en que sus adversarios lo enfrentan en nombre del progreso como norma histórica. El asombro ante el hecho de que las cosas que vivimos sean "aún" posibles en el siglo XX no tiene nada de filosófico. No está al comienzo de ningún conocimiento, a no ser el de que la idea de la historia de la cual proviene ya no puede sostenerse.

Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia*, VIII (1940)

1. "Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un territorio determinado (el 'territorio' es elemento distintivo), reclama para sí (con éxito) el monopolio de la violencia física legítima", dice la definición clásica de Max Weber. Toda comunidad estatal (en términos modernos, un Estado-nación) contiene en su interior una relación de dominación/subordinación, históricamente conformada, en la cual una élite detenta el ejercicio de ese monopolio y rige un modo estable de extracción y reparto del plusproducto social. Defino a la revolución como una ruptura violenta de dicha relación por parte de los dominados.

Cada revolución victoriosa establece una nueva relación de dominación con una nueva élite, no la abolición de toda dominación. Esta ha sido norma de todas las revoluciones conocidas. Establece también, si se trata de una revolución social, una nueva forma y nuevas bases para el reparto y la asignación del plusproducto social o producto excedente, comenzando por la renta y sus derivados. No cambia necesariamente la forma de extracción del plusproducto, que es una función de la cultura productiva social y del desarrollo tecnológico. Tampoco cambian aquellas relaciones sociales y humanas, diferentes de la relación estatal/política, que se forman y se trasforman en los tiempos largos y lentos de la historia.¹ A través y por debajo de las revoluciones, las guerras y las contrarrevoluciones se prolonga la persistencia de la memoria, el tejido y la herencia material e inmaterial de las civilizaciones y de la vida.²

2. Las revoluciones del siglo XX (nacionales o sociales) tuvieron como protagonistas principales a los oprimidos y subalternos del mundo rural, encabezados muchas veces por una fracción de las élites urbanas instruidas, embrión ésta de la nueva élite en la revolución victoriosa. La irrupción violenta de los campesinos y habitantes rurales en esas revoluciones no es movida por una visión precisa de un mundo futuro, sino por la insostenible condición del mundo presente. “Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja”, anota León Trotsky en *Historia de la Revolución Rusa*. Como escribe Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia*, esa fuerza violenta se nutre “de la imagen de los antepasados esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados”.

No es en la economía ni en la política sino en la historia (en cada historia) y en su tejido de relaciones de dominación y de dependencia, donde se puede descifrar el código genético de cada revolución. Esta es una visión compartida, bajo formas diversas, por Barrington Moore, E. P. Thompson, James C. Scott y lo que podemos llamar genéricamente la escuela de la “economía moral”; así como por la escuela de los *Subaltern Studies* (Estudios de la subalternidad) y por diversos historiadores mexicanistas de Estados Unidos, de los cuales sólo mencionaré a dos que ya no están entre nosotros: Daniel Nugent y William Roseberry. Todos ellos tienen en común la advertencia de Walter Benjamin: “pasar por la historia el cepillo a contrapelo”.

Esas revoluciones nacionales, agrarias y sociales del siglo XX se han alzado, cada vez, contra el despojo universal encarnado en la expansión de las relaciones capitalistas y en la destrucción del antiguo mundo humano de las relaciones personales; contra la transformación en valor de cambio de todo valor de uso; contra la mercantilización de toda relación humana.

En este sentido, si nos atenemos al imaginario de sus protagonistas antes que al de sus dirigentes, estas revoluciones se parecen a la visión de Walter Benjamin: “Para Marx las revoluciones son las locomotoras de la historia. Pero tal vez las cosas sean diferentes. Tal vez las revoluciones sean la forma en que la humanidad, que viaja en ese tren, jala el freno de emergencia”.

No se trata de una vuelta al pasado. Quienes se rebelan quieren ven-

gar la opresión de las generaciones pasadas pero también irrumpir con violencia en un futuro propio, al cual sólo pueden imaginar o entrever bajo alguna de las formas de la esperanza construida con las memorias de aquellas generaciones. “La tarea por realizar no es la conservación del pasado, sino la redención de las esperanzas del pasado”, escriben Max Horkheimer y Theodor W. Adorno en la introducción de 1944 a su *Dialéctica del iluminismo*.

En toda relación social de dominación y subordinación existe, como ambas palabras lo indican, dos partes activas, cada una de las cuales reconoce a la otra como su contraparte. Esta relación es, entonces, activa. El elemento que denota esa actividad es la resistencia de los dominados, nombre vital de la fricción constante, multiforme y cambiante entre ambas partes de la relación.

Esta resistencia toma formas determinadas en las sociedades agrarias donde la dominación aparece, visible y reconocida por todos, bajo la forma de lazos de dependencia personal. En la sociedad moderna, la sociedad del capital, la sociedad del valor que se valoriza, la dominación se presenta enmascarada bajo la forma de una relación entre individuos libres e iguales ante la ley y la propiedad en una comunidad cuyos intercambios están mediados por el dinero y donde el valor de cambio subordina y subsume al valor de uso no como sustancia de la vida y el disfrute sino como mero soporte material de sus instantáneas e incesantes trasfiguraciones digitales. *Ciudad de Cuarzo* es el nombre que Mike Davis dio a su estudio sobre Los Ángeles como una de las sedes donde esas trasfiguraciones no humanamente controladas del valor parecen dictar la norma de la vida.

A cada una de estas formas de la dominación y la subordinación corresponden formas diversas de la hegemonía (reconocimiento –siempre posible de cuestionar– de la legitimidad de la dominación bajo la ideología compartida por la comunidad ilusoria) y formas diversas de la espontaneidad y la organización de la resistencia.

Ahora bien, sólo en situaciones excepcionales esta resistencia culmina en rebelión o en revolución para romper de manera temporal o definitiva el lazo existente. En la generalidad de los casos la resistencia desemboca, con mayor o menor lucidez por ambas partes, en una negociación del mando y

de sus reglas, de las formas reconocidas de la legitimidad y, menos visible a veces pero siempre presente, de la extracción y asignación del plusproducto (tributo, renta, impuestos, precios, ganancia, plusvalor).

Tenemos entonces una relación: dominación y subordinación (bajo las formas de la legitimidad y la hegemonía) con una fricción consustancial a su existencia: la resistencia, de la cual se desprenden dos variables: 1) negociación en tiempos normales; 2) revolución en tiempos excepcionales.

3. Revolución no es estallido ni conspiración, aunque éstos puedan ser algunos de sus atributos en cada caso. Revolución es, ante todo, organización y movilización. Las formas elementales de esta organización no las dan los partidos o las élites que dirigen el movimiento; existen ya en la actividad cotidiana del pueblo, en su vida social. Esas formas se nutren de realidades y actividades organizadas preexistentes, y se arraigan en antiguos lazos de solidaridad de los oprimidos (que se confunden casi con su vida cotidiana, aunque distan de ser su único componente) y en la ancestral aspiración de justicia, que suele ser una y la misma con sus creencias religiosas. La rebelión indígena de Chiapas a partir de 1994, conforme a los relatos de sus propios protagonistas, es en este sentido un caso típico.³

La historiografía de las élites revolucionarias casi siempre ha dejado de lado –literalmente, no ha registrado– esta “esfera autónoma” de la política de los subalternos, tanto en las revoluciones nacionales como en las sociales, o ha asumido que la política de la élite dirigente es el reflejo consciente del movimiento inconsciente de las masas.

Una rebelión supone un imaginario común de quienes se rebelan. Éste no proviene de las teorías o los programas de las élites cultas: más bien éstas sólo pueden serlo de una rebelión o una revolución si son capaces de percibir y comprender ese imaginario históricamente sedimentado y poner en sintonía o resonancia con él sus propias ideas y visiones, sean éstas religiosas o políticas o utópicas, acerca de la reorganización de la sociedad. Hay aquí también un diálogo implícito, una negociación y una creación en la incandescente actividad intelectual y espiritual propia de una revolución, no una adaptación de unas ideas a otras. Así se conforma

el discurso propio y novedoso de cualquier revolución o movimiento rebelde, viejo y nuevo a la vez y por todos compartido: no la conservación del pasado, sí la redención de sus esperanzas en la novedad de la revolución, sus discursos y sus actos.

La idea de redención de esperanzas, en este pensamiento, no implica el advenimiento de un redentor, sino el advenimiento de un tiempo de la redención (lo aún-no-avenido) como realización de los propios subalternos y oprimidos. Esto supone pensar que en la relación de resistencia –activa por definición– se genera y pervive cierta visión (una percepción, una imaginación no percibida) de una superación/abolición de esa dominación que la resistencia al extremo niega sin poder suprimirla, la utopía práctica y no expresada de un “mundo al revés” que alimenta por igual las protestas explícitas, las interjecciones iracundas y los discursos ocultos.

En el universo teórico del marxismo, Rosa Luxemburgo tuvo una de las miradas más agudas sobre esta diferencia entre las élites revolucionarias y el pueblo que sostiene a esas élites pero al mismo tiempo conserva en forma natural su campo y sus formas cotidianas de intercambiar, reflexionar, ponerse de acuerdo, decidir y hacer. En la segunda mitad del siglo XX, Franz Fanon⁴ indagó también la relación entre esas esferas, superpuestas pero no confundidas en épocas de movilización revolucionaria, distintas y separadas en épocas de repliegue.

Ranahit Guha⁵ ha desmitificado, en el caso de la India, la representación del nacionalismo indio por parte de la élite nacionalista como una empresa en que ésta “habría guiado al pueblo desde la subyugación hacia la libertad”. Esta representación es, en esencia, el mismo mecanismo que anima las diversas narrativas, incluidas varias de izquierda, de la historia oficial de la Revolución Mexicana y de su secuela cardenista. “Lo que no puede hacer, sin embargo, una escritura histórica de este tipo”, dice Guha, “es explicarnos el nacionalismo indio, ya que no reconoce, y menos interpreta, la contribución del pueblo por sí mismo, es decir, independientemente de la élite, a la formación y desarrollo de ese nacionalismo. [...] Lo que queda fuera de esta historiografía ahistórica es la política del pueblo”.

Aparte de la política de la élite nacionalista –prosigue Guha– existió en la época colonial otra esfera de la política india donde los “actores

principales” no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales,

sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora y el estrato intermedio de la ciudad y el campo, en suma, el pueblo. Esta era una esfera autónoma, dado que no se originaba en la política de élite ni su existencia dependía de ella. Sólo era tradicional en la medida en que sus raíces podían rastrearse hasta los tiempos precoloniales, pero de ningún modo era arcaica en el sentido de ser anticuada. [...] Este dominio autónomo, tan moderno como la política indígena de élite, se distinguía por su relativa mayor profundidad, tanto temporal como de estructura.

En la política de élite la movilización se impulsaba verticalmente, mientras la dimensión horizontal era la propia de la política subalterna. Aquélla se articulaba sobre todo con las instituciones políticas coloniales o precoloniales; ésta “dependía más bien de la organización tradicional del parentesco y la territorialidad o de las asociaciones de clase, según el nivel de conciencia de la gente concernida”. La movilización de la primera tendía a ser

relativamente más legalista y constitucionalista; la movilización de los grupos y clases subalternos relativamente más violenta. La primera era, por regla general, más cautelosa y controlada; la segunda más espontánea. La movilización popular en el período colonial halló su más amplia realización en los levantamientos campesinos. Sin embargo, también en las áreas urbanas, en muchas instancias históricas en las que participaron masas de trabajadores y miembros de la pequeña burguesía, la figura de la movilización derivaba directamente del paradigma de la insurrección campesina.

Esta organización tradicional tiende a su vez a constituir sus propias estructuras de mando según las mismas reglas de parentesco y redes familiares o de clan, de donde surge finalmente la figura al mismo tiempo protectora y amenazante del cacique, el atamán o el padrino, mediador casi indispensable en los momentos de la negociación de la sociedad

agraria con la institucionalidad estatal urbana. Los influyentes o los notables de los partidos de izquierda suelen ser una réplica suavizada de estas formas de autoridad por mediación, influencia o autoridad personal y familiar.

Pasado el auge de un movimiento, la política de la élite tiende a deflagrar la movilización de los subalternos hacia el terreno institucional de las elecciones, es decir, del aparato estatal existente. Este es, al mismo tiempo, el terreno de legitimación de aquella política y de sus portadores como dirigentes institucionalizados de las clases y grupos subalternos, sea que se apoyen en éstos para sostener su gobierno, sea que se constituyan en partido de oposición para reemplazar al grupo gobernante dentro de las instituciones políticas existentes. No se trata entonces de una nueva relación de dominación (una nueva forma de Estado), sino de una modificación de la existente como resultado de las movilizaciones de los subalternos.

¿De dónde provienen las ideas, el imaginario, las tradiciones de esos movimientos de los de abajo? En conjunto —prosigue Ranahit Guha—, su ideología operativa

reflejaba la diversidad de su composición social, con predominio de la perspectiva de sus elementos dirigentes sobre la de los demás, en cualquier época y en cualquier acontecimiento en particular. Sin embargo, a pesar de tal diversidad uno de sus rasgos invariables era la noción de resistencia a la dominación de élite. Esto es consecuencia de la subalternidad común a todos los integrantes de esta esfera. [...]

En el caso de estas clases subalternas, “la experiencia de la explotación y del trabajo dotó a esta política de muchos idiomas, normas y valores peculiares que la situaron en una categoría aparte de la política de élite”. Por supuesto, estos rasgos distintivos de la política del pueblo —advierte Guha— no siempre aparecen en estado puro; pero contribuyen a delimitar la esfera política de la subalternidad con respecto a la de la élite.

Podremos encontrar estos rasgos comunes en los más diversos y a veces en apariencia opuestos movimientos de resistencia de los subalternos a esta nueva modernidad del capital que se llama globalización. Posi-

blemente residen allí, y no en el movimiento propio del capital en la globalización, las similitudes en las cuales pueden reconocerse entre sí, pese a sus rasgos externos visiblemente diferentes.

Como siempre en la historia, el instrumental tecnológico de comunicación disponible (sucesivamente: imprenta, telégrafo, teléfono, radio, video, Internet) bien utilizado puede potenciar la repercusión de esos movimientos e influir en su desenlace, pero nunca sustituir su materialidad. El terreno real de lucha, de organización y de fuerza frente a sus adversarios es, como siempre fue, la realidad social, corpórea y espiritual de los seres humanos, esa que se crea y se recrea en el infinito tejido de sus vidas y sus sueños cotidianos. La rebelión del EZLN y de los indígenas zapatistas nos lo ha recordado una vez más. El instrumental tecnológico “racional” de los dominadores es mucho más fácilmente asimilable para una élite de los dominados que las costumbres y relaciones “ocultas” de los dominados para las élites de los dominadores.

Pero sin aquella realidad no hay Internet que valga; o éste se convertirá, como pudo suceder más de una vez en el pasado con otras tecnologías de la comunicación, en instrumento de las élites de los unos y los otros para dirimir sus propias disputas. Pues en el entusiasmo que despierta la posibilidad real de utilizar estos nuevos instrumentos en favor de las movilizaciones y las rebeliones, no hay que olvidar que ellos están también, nuevos, a disposición de los dominadores, los dueños del dinero, el poder, la información, las comunicaciones y las armas. No es allí sino en la esfera opuesta donde está –diría Víctor Serge– “el nacimiento de nuestra fuerza”.

4. En los comienzos del siglo XX, en el apogeo de la *Belle Époque*, Rosa Luxemburgo (*La acumulación del capital*, 1912) consideró con mirada penetrante lo que seguía ocurriendo ante los ojos de todos, teóricos, analistas, escritores, investigadores: la implacable lucha mundial del capital contra la economía natural (comunidades campesinas, señoríos, lazos de dependencia personal, espacios sociales no capitalistas), contra la economía mercantil simple (artesanos y productores independientes) y entre los diversos capitales. Violencia militar colonial, presión crediticia y tributaria

y mercancías baratas fueron las armas de esa lucha sin cuartel en las colonias y en las regiones de Europa donde aún subsistían espacios de economía natural.⁶ El capital necesitaba acelerar, para su propia valorización y reproducción, la “liberación” de las riquezas naturales y de la fuerza de trabajo retenidas en esos espacios estancos e “impedidas” así de incorporarse al ciclo de valorización. Como en el proceso plurisecular de los enclosures, el despojo por la violencia actual o potencial fue —sigue siendo— el instrumento preferido.

Rosa Luxemburgo, que estaba viendo al siglo entero en el panorama de sus años iniciales, consideraba como una simple ilusión “la esperanza de reducir al capitalismo exclusivamente a la ‘competencia pacífica’, es decir, al comercio regular de mercancías como única base de su acumulación”:⁷

Del mismo modo como la acumulación del capital, con su capacidad de expansión súbita, no puede aguardar al crecimiento natural de la población trabajadora ni conformarse con él, tampoco podrá aguardar la lenta descomposición natural de las formas no capitalistas y su tránsito a la economía y al mercado. Para esta cuestión el capital no tiene otra solución que la violencia, que constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis sino en todo tiempo hasta el día de hoy. Pero como en todos los casos se trata de ser o no ser, para las sociedades preexistentes no hay otra actitud que la de resistencia y lucha a sangre y fuego, hasta el total agotamiento o la extinción. De ahí la constante ocupación militar de las colonias, las rebeliones de los naturales y las expediciones coloniales enviadas para someterlos, como manifestaciones permanentes del régimen colonial. El método violento es aquí el resultado directo del choque del capitalismo con las formaciones de economía natural que ponen trabas a su acumulación.

“Las masas indias en la segunda mitad del siglo XIX no morían de hambre porque Lancashire las explotaba; perecían en cantidades enormes porque la comunidad aldeana de la India había sido desmantelada”, escribía Karl Polanyi en 1944. Esa segunda mitad del siglo XIX, la era de la gran expansión colonial europea en Asia, África y Medio Oriente, de la conquista del Oeste en Estados Unidos y de la penetración del capitalis-

mo moderno en los países de América Latina, la era cruel de los ejércitos coloniales (externos e internos); de las matanzas de los pueblos indígenas; de la expansión de las redes ferroviarias llevando los soldados, las mercancías y el mercado capitalista; y del cercamiento y la expropiación por la violencia de los territorios comunitarios en las antiguas y vastas tierras de economía natural, trajo consigo decenas y decenas de millones de muertos por las armas y por el hambre e incalculables desastres ecológicos y naturales.⁹

Esta violencia sin límites a través de la cual se realiza la expansión mundial del capital no escapó a la mirada de algunos como Georges Sorel, pero sí a la de muchos socialistas y marxistas europeos, lo cual explicaría su indiferencia o su lejanía hacia una gran revolución como la mexicana, que sin embargo atrajo la atención de los anarquistas en Estados Unidos, en América Latina y en España.¹⁰ Jean-Marie Vincent señala para esos años “una reflexión particularmente deficiente sobre los problemas de la violencia” en casi todas aquellas corrientes socialistas:

Las apariencias de normalidad que se da la sociedad capitalista en Europa enmascaran a los ojos de muchos marxistas las potencialidades de violencia que ella esconde. No se quiere ver que la violencia contra el otro está inscrita en las relaciones sociales y en los enfrentamientos cotidianos entre los individuos. Tampoco se quiere ver que la legalidad que los Estados observan en sus políticas represivas es ambigua. El reino de la ley es un progreso con relación a la arbitrariedad de las políticas absolutistas. Pero es al mismo tiempo un medio para marcar y criminalizar a una parte de la sociedad para tranquilizar a las clases dominantes e ilusionarlas con su superioridad. Comprobación más asombrosa todavía, apenas se toma en cuenta la colonización con sus innumerables masacres, los estragos que provoca en partes inmensas del planeta. Una cantidad no despreciable de revisionistas incluso está convencida de la misión civilizadora de la colonización y no se conmueve por las conductas racistas de los colonizadores. La izquierda radical que rechaza al colonialismo y al imperialismo a menudo se inclina a restarle importancia (no es este el caso de Rosa Luxemburgo). La carrera armamentista en Europa y las crisis internacionales recurrentes entre los grandes países imperialistas, es verdad,

BAJO EL VOLCÁN

preocupan también a muchos socialistas, pero creen que podrán conjurar el peligro con campañas pacifistas y llamados a la razón de los gobernantes proponiéndoles compromisos. Se niegan hasta a imaginar que el mundo puede hundirse en la barbarie y en una orgía de violencia.¹¹

Ese fue sin embargo el punto de llegada de los fastos y las glorias de la *Belle Époque*, su *douceur de vivre* y sus trenes de lujo cantados en inigualable Oda por Valery Larbaud:

Prête-moi ton grand bruit, ta grande allure si douce,
Ton glissement nocturne à travers l'Europe illuminé,
Ô train de luxe! et l'angoissante musique
Qui bruit le long de tes couloirs de cuir doré,
Tandis que derrière les portes laquées, aux loquets de cuivre lourd,
Dorment les millionnaires. [...]

J'ai senti pour la première fois toute la douceur de vivre
Dans une cabine du Nord-Express, entre Wirballen et Pskow.
On glissait à travers des prairies où des bergers,
Au pied de groupes de grands arbres pareils à des collines,
Étaient vêtus de peaux de moutons crues et sales...
(Huit heures du matin en automne, et la belle cantatrice
Aux yeux violets chantait dans la cabine à coté).¹²

Eran del lado opuesto los tiempos del anarquismo, aquellos en que Pietro Rigosi, un fogonero de Bologna recordado en los años setenta en una canción de Francesco Guccini, un día no pudo controlar su ira y lanzó su locomotora a todo vapor al encuentro de un tren de lujo, “un tren lleno de señores”. No sé por qué lo hizo, dice el cantautor italiano, “tal vez una rabia antigua, generaciones sin nombre que clamaron venganza, cegaron su corazón”.¹³ Sus palabras parecen un eco lejano de las razones de Walter Benjamin. Pocos años después vendría a saberse en cuáles gigantescas hogueras irían a terminar en Europa la “*douceur de vivre*” y las dos violencias contrapuestas: el lujo de arriba, la ira de abajo.

5. La creación de los modernos imperios coloniales –narrada desde *Heart of Darkness* de Joseph Conrad hasta *Late Victorian Holocausts* de Mike Davis¹⁴– se realizó a través de matanzas más pavorosas que las de la Primera y la Segunda Guerras mundiales acumuladas. Estas dos guerras atroces por el reparto del botín colonial y del mercado mundial, en cuya preparación y ejecución murieron otras decenas de millones, incluidos los millones de víctimas de los campos de exterminio nazis y de los campos de concentración stalinistas, fueron en cierto modo la culminación de aquellas matanzas coloniales en las cuales se había constituido ese botín en disputa.

Desde las primeras tres grandes revoluciones victoriosas del siglo XX –la mexicana de 1910, la china de 1911, la rusa de 1917– comenzó a alzarse la marea de rebeliones de base rural y campesina que socavaría y se tragaría, junto con la *Belle Époque*, a los imperios coloniales del siglo XIX. Después de la Segunda Guerra Mundial se hundieron los imperios británico, francés, holandés, belga, alemán, italiano, japonés, español, portugués. El momento en que se volcó la balanza fue, tal vez, entre 1948 y 1949, con el retiro británico de la India y la victoria de la Revolución china. En la segunda mitad del siglo XX, la ola de revoluciones coloniales y agrarias derrotó ejércitos imperiales –el francés, el japonés, el portugués, el estadounidense– y constituyó nuevos Estados nacionales. En ellos las élites nacionalistas tuvieron que pactar con las resistencias y rebeliones en las cuales se apoyaron, aceptar rodeos y cambiar el ritmo del proceso multiseccular de destrucción de la economía natural y de expansión de las relaciones dinerarias pero, bajo el común denominador de las ideologías del progreso, no se propusieron darle un sentido diferente ni hubiera estado en sus manos hacerlo.

Considerada desde este punto de vista, la llamada Guerra Fría (1946–1990) nada tiene que ver con su versión oficial de una larga lucha defensiva de Estados Unidos contra regímenes dictatoriales y opresivos, que habría concluido en la década final del siglo XX con el hundimiento del Imperio del Mal y la victoria de la democracia. Fue, por el contrario, la guerra del mundo del capital, encabezado por su centro militar, industrial y financiero, Estados Unidos, contra las revoluciones sociales, nacionales y coloniales en los cinco continentes y para subordinar o destruir a sus

expresiones estatales. Su victoria es la del imperio del valor de cambio que busca invadir y conquistar hasta los más recónditos intersticios de la vida.¹⁵ Es a la vez el desmantelamiento o la fragmentación de los pactos estatales impuestos por los movimientos desde abajo –bajo formas “comunistas” o keynesianas– como diques, provisorios al fin, contra la marea del valor de cambio. Esos Estados, es preciso anotarlos, bajo la común ideología del progreso técnico y científico fueron también partícipes del desmantelamiento de las economías naturales. Una vez alcanzado un nuevo nivel de acumulación y de subsunción del conocimiento al capital, el terreno estaba allanado para la siguiente onda expansiva del capital en los años noventa del siglo XX.

Hoy, sostenida por la violencia de las armas –en ocasiones visible, las más de las veces invisible, pero siempre presente y vigilante–, es la violencia del dinero, con la velocidad y la ubicuidad que ponen a su servicio las actuales tecnologías, la que prosigue sin tregua su proyecto de mercantilización de todos los territorios y los intersticios de la sociedad, de incorporación de todo trabajo concreto en tanto trabajo abstracto al proceso del valor que se valoriza, y de exterminio por miseria o por guerra de quienes resisten al despojo o no logran incorporarse a la valorización universal del capital: pueblos, etnias, culturas, individuos.

La globalización no es sino una nueva exacerbación de ese despojo universal, un nuevo asalto de los dueños del dinero, del poder y del conocimiento, propietarios en consecuencia de la tecnología y el armamento, para incorporar al mundo en apariencia ilimitado del capital, sin excepciones ni reservas, las dos fuentes de toda riqueza: la naturaleza y el trabajo humano. (Sin embargo los límites de ese mundo, como lo vio también Luxemburgo, están implícitos dentro de la propia relación de capital y de la permanente resistencia y rebelión del trabajo vivo contra la tiranía del trabajo muerto: pero este es otro tema.)

A partir de la reestructuración capitalista iniciada en los años setenta y acelerada en los años noventa (es decir, a lo largo del último cuarto del siglo XX), ese asalto rompió las barreras defensivas y protectoras alzadas por los oprimidos, sus rebeliones y sus organizaciones durante los tres primeros cuartos de ese siglo. La marea de 1968 y la derrota de Estados

Unidos en Vietnam –acontecimiento singular en el siglo y único en la historia militar de Estados Unidos–, junto con el agotamiento de la onda larga expansiva de la economía mundial, aceleraron la ofensiva tecnológica (digitalización), jurídica, política y social sobre las posiciones conquistadas por los trabajadores de Europa Occidental y Estados Unidos.

La victoria militar de la Revolución vietnamita, con el respaldo logístico de la Unión Soviética y de China, fue la última señal de alarma. La expansión subsiguiente de la industria militar de Estados Unidos, con todas sus ramificaciones y derramas científicas y tecnológicas, sería la fuerza de arrastre para determinar el agotamiento y la caída de la Unión Soviética en la competencia global de la Guerra Fría.

En 1975 se constituyó el Grupo de los Siete (G-7). El proceso de valoración del capital en sus países centrales entró en una nueva fase, diferente del modo de regulación establecido después de la Segunda Guerra Mundial. Esa ofensiva en el territorio de los grandes países capitalistas fue el prolegómeno social indispensable de la siguiente fase de expansión mundial desregulada del capital que ahora llamamos globalización, y de la consiguiente “insostenible miseria del mundo”¹⁶ que en estos días vivimos.

La ebriedad actual de la mirada de los mandos financieros sobre ese mundo sólo es comparable a la borrachera de la *Belle Époque* después de la Comuna de París, en plena empresa de saqueo colonial; esa borrachera que desembocó en la carnicería de la Primera Guerra Mundial y en la sucesiva era de guerras y revoluciones.

6. Todas las revoluciones de la modernidad han sufrido presiones violentas e intervenciones externas, pues suponen una alteración y un reacomodo de las relaciones de dominación entre naciones y una amenaza a la legitimidad y la estabilidad de la dominación establecida en el interior de las naciones vecinas. Ejemplos: México (1910), Rusia (1917), China (1949), Bolivia (1952), Corea (1953), Vietnam (1954), Argelia (1954), Guatemala (1954), Egipto (1956), Hungría (1956), Cuba (1959), Checoslovaquia (1968), Angola, Mozambique, Guinea-Bissau (1960–70), Chile (1970–73), Irán (1979), Nicaragua (1979), El Salvador (1980), Grenada (1983). La lista de intervenciones externas podría continuar. En este sentido, la his-

toria de las revoluciones es también la historia de las intervenciones externas para cercarlas, desorganizarlas y aplastarlas.

Dentro de esta violencia externa es obligado incluir también el apoyo y la intervención a veces directa de ramas específicas del aparato militar de Estados Unidos, como la Central Intelligence Agency (CIA), en la instauración y estabilización de las dictaduras militares del Cono Sur de América Latina (Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia), así como en sus guerras de exterminio contra las redes y las formas de organización de los trabajadores urbanos y rurales y contra toda cultura de izquierda o democrática. En los cuatro países, tales organizaciones y redes fueron destruidas por las armas y muchos de sus dirigentes asesinados durante los años setenta y ochenta del siglo XX, junto con miles de organizadores sindicales o simples ciudadanos apresados, torturados, asesinados y desaparecidos en los “vuelos de la muerte” o en las fosas comunes. ¿Cómo excluir esta atroz guerra interior, apoyada desde afuera y sintetizada en la Operación Cóndor, de la ofensiva general del capital en esos mismos años? Apoyos y asesorías similares fueron concedidos, por otra parte, contra las revoluciones centroamericanas durante los años setenta y ochenta. En Argentina y en otros países, oficiales del ejército francés formados en las guerras coloniales de Indochina y de Argelia prestaron su asesoría técnica como especialistas de la tortura. No fueron los únicos.

En la presente era de la globalización esta combinación de usos de la fuerza económica y militar (presión económica, hostigamiento, operaciones encubiertas, bloqueo e intervención armada) ha sido institucionalizada en los hechos: por un lado, por la extensión creciente de la OTAN y de las iniciativas militares que ella lleva consigo; por el otro, por el papel de policía universal que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas otorga a las fuerzas armadas de Estados Unidos y a las de sus potencias subordinadas.

El Consejo de la Internacional Socialista, en una reciente reunión (Maputo, 10-11 noviembre 2000), declaró que “defiende el uso del ‘derecho de injerencia por razones humanitarias’, siempre dentro del marco del derecho internacional, como una parte integral de la lucha por la democracia y los derechos humanos”. ¿Quién define en qué consisten ese

derecho y el “uso legítimo de la violencia” para hacerlos valer en cada caso específico? Los hechos muestran que, en definitiva, aquel que detenta el poder de las armas decide en qué casos y en qué modos una fuerza militar puede ejercer ese ambiguo “derecho de ingerencia”. Checoslovaquia en 1968, Afganistán en 1980, Panamá en 1989, la Guerra del Golfo en 1990, son algunas muestras inequívocas de ese ejercicio. En cuanto al “monopolio del ejercicio de la violencia física legítima” como atributo de una comunidad estatal, lejos estamos de la definición de Max Weber. Parecería en cambio que la OTAN en expansión, con la cobertura de las Naciones Unidas o sin ella, se postula en los hechos como candidata a detentar y legitimar ese monopolio a nivel global.

7. Las dos grandes guerras del siglo XX (1914-1918 y 1939-1945) rompieron, modificaron y restablecieron bajo formas diferentes las relaciones de dominación entre naciones. La globalización no supone una abolición o una disolución de esas relaciones sino una nueva definición de sus reglas. Sostén de esta redefinición es la violencia legitimada de las naciones organizada en sus ejércitos.

En otras palabras: la actual forma de la globalización es impensable sin la existencia del Pentágono, sus bases militares, su industria de guerra, sus sistemas de información y comunicación y su arsenal planetario, como pivote de la violencia global.

Este nuevo monopolio a nivel planetario del ejercicio de la violencia física posible es el garante último, aunque no único, de la reproducción de la moderna “comunidad transnacional” del valor de cambio, cuya legitimidad se sustenta en una forma de “comunidad del dinero” que considera incluidos a los participantes en la reproducción del valor y excluidos –parias, bárbaros, marginales, excedentes o desechables– a todos los demás. La clasificación de ciertos Estados como “Estados canallas” (*Rogue States*) es el correlato internacional de la criminalización de sectores enteros de las sociedades nacionales (la reaparición de las “clases peligrosas”).

Al mismo tiempo, la incesante extensión sin fronteras de la relación salarial en las condiciones impuestas por la desvalorización masiva de una fuerza de trabajo cada vez menos protegida a nivel nacional, genera

versiones y condiciones violentas y espontáneas de la inevitable disputa por ese valor del trabajo asalariado frente al capital.

La constitución en curso de esta forma de sociedad es lo que puede denominarse una ruptura de época con relación a todas las precedentes. Bolívar Echeverría anota:¹⁷

Las formas arcaicas de la violencia destructiva no sólo no desaparecen o tienden a desaparecer en la modernidad capitalista sino que, por el contrario, reaparecen refuncionalizadas sobre un terreno doblemente propicio, el de una escasez que no tiene ya ninguna razón técnica de ser y que sin embargo, siguiendo una “lógica perversa”, debe ser reproducida. La historia del proletariado en los siglos XVIII y XIX, de las poblaciones colonizadas en los siglos XIX y XX; de los “lumpen”, informales o marginados; de las “minorías” de raza, género, religión, opinión, etc., son otras tantas historias de los otros-enemigos que la “comunidad nacional”, levantada por los propietarios privados en torno a una acumulación del capital, ha sabido “construir” para su autoafirmación. “A contrapelo” —como Benjamin decía que un materialista debe contar la historia—, la historia deslumbrante de la modernidad capitalista, de sus progresos y sus liberaciones, mostraría su lado sombrío; su narración tendría que tratarla primero como una historia de opresiones, represiones y explotaciones; como la historia de los innumerables holocaustos y genocidios de todo tipo que han tenido lugar durante los siglos que ha durado, y en especial en este que está por terminar.

La violencia de la modernidad capitalista resume y absorbe en sí las anteriores manifestaciones y, al mismo tiempo que concentra en un único polo la capacidad de desencadenar el poder de destrucción y exterminio generalizado o focalizado, disemina como una pandemia, en la sociedad contemporánea cuyos vínculos naturales van siendo embebidos o sustituidos más y más por el vínculo del valor de cambio, una violencia interior verbal y física, virtual y material que, al igual que el dinero, tiende a volverse forma habitual y hasta aceptable de intercambio y relación entre los seres humanos. Tal vez esta barbarie todavía contenida pero ya en ciernes en las sociedades capitalistas modernas fue la que entrevió Rosa Luxem-

burgo como posible futuro al considerar con inteligencia crítica las formas antihumanas de expansión de las relaciones capitalistas en los territorios coloniales.

8. Las normas de relación entre naciones y entre ciudadanos de una misma comunidad estatal, sancionadas al menos a nivel formal en la Declaración Universal de Derechos Humanos al terminar la Segunda Guerra Mundial,¹⁸ quedaron obsoletas desde 1990 en adelante. La globalización de la dominación del capital financiero implica la imposición y la legitimación de nuevas reglas en las relaciones entre las naciones, entre los capitales y entre capital y trabajo, tanto en cada nación como en el mercado global que a los mercados nacionales impone las normas.

Este predominio del mercado mundial sobre los mercados nacionales no es nuevo: es un rasgo intrínseco de la existencia del capital al menos desde el siglo XVI. Lo que es nuevo es el derribamiento de las barreras defensivas, siempre relativas y porosas, contra ese predominio; barreras entre cuyas formas estuvieron el monopolio estatal del comercio exterior establecido por la Revolución rusa desde sus inicios o las formas de Estados de bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

La actual globalización digitalizada no reconoce barreras, fronteras ni límites. Uno de sus grandes hechos es la todavía paulatina incorporación al mercado, por primera vez en la historia, de las inmensas extensiones territoriales de Rusia y de las ilimitadas reservas de trabajo humano de China. Otro, la ya iniciada expropiación y conversión en mercancía de los códigos genéticos y de la reproducción biológica del mundo de la naturaleza, especie de culminación delirante del proceso multiseccular de cercamiento y apropiación de las tierras comunitarias (*enclosures of common lands*).

Estamos ante una mutación epocal. A esta mutación internacional y en las sociedades nacionales se la suele también llamar “desregulación”. Mirando desde este momento temprano, de esta nueva modernidad del capital es difícil divisar lo que se oculta detrás del horizonte, aunque la historia, la teoría y el razonamiento permitan comenzar a imaginarlo.

La nueva dominación del capital no elimina, sino que exagera, la competencia entre los diversos capitales y en particular entre las concentra-

ciones financieras que dominan el mercado de capitales. Esta competencia abarca ahora la superficie entera del planeta. En la historia del capital, tal conflicto periódico y recurrente se ha resuelto una y otra vez por la guerra. No hay razón para pensar que las armas de destrucción masiva y las nuevas tecnologías hayan cambiado los términos de la relación entre capital, industria militar y guerra. Lo confirma la creación del nuevo escudo antibalístico espacial de Estados Unidos, mezcla peligrosa de Línea Maginot y delirio nuclear.

9. Si la violencia es un componente intrínseco de la competencia entre los varios capitales, la resistencia es también un corolario necesario de la dominación del capital sobre los seres humanos. Desde la resistencia del trabajo vivo dentro de la relación de capital hasta las resistencias de las todavía vastas zonas de las sociedades humanas apegadas a formas materiales y espirituales de la economía natural por debajo de la dominación universal del capital, la lógica abstracta del valor que se valoriza¹⁹ no se ha apoderado de las voluntades y las vidas de los seres humanos hasta sus últimos reflejos, como sería su vocación.

Derruidas o desmanteladas las materializaciones organizativas de la resistencia alzadas a lo largo del siglo XX, no se ha esfumado con ellas la experiencia humana de resistir, organizar, pensar e imaginar un mundo-otro, sea para negociar vez por vez las formas de la nueva dominación si no se la puede cambiar, sea para rebelarse contra ella cuando sus inevitables fracturas futuras lo permitan. Ésta ha sido la constante de todas las rebeldías y las rebeliones de los subalternos y los oprimidos, y tampoco se ve razón para pensar que este modo de ser y de existir de los seres humanos en relación con la dominación ejercida sobre ellos se haya desvanecido.

Sólo el trabajo muerto puede existir sin resistir, y si bien éste no piensa ni se organiza ni engendra rebeliones, tampoco produce plusvalor.

Por definición, toda resistencia de las clases, grupos y comunidades subalternas contra la dominación es una relación que implica, por ambas partes, grados de violencia muy diversos pero todos reales. En qué formas organizativas llegará a condensarse esa siempre presente e inevitable resistencia, sólo la experiencia de la nueva dominación podrá terminar

de revelarlo. Pero, cualesquiera ellas sean, es condición humana que tampoco aquí ninguna experiencia anterior vaya perdida.

En la globalización se están conformando nuevas relaciones entre dominación, resistencia y violencia. Si esto es así, esta globalización lleva consigo el germen de nuevas guerras y revoluciones donde la violencia, como razón última, redefinirá esas relaciones. Toda otra suposición, en el actual estado de las cosas humanas, entra de lleno en el dominio de la fantasía.

NOTAS

¹ Rhina Roux, "Historia y comunidad estatal en México", en *Viento del Sur*, México, julio 1999, núm. 15, pp. 47-56.

² Si esto es así, cada comunidad estatal puede ser imaginada como un gran arco construido a través de siglos, no en la armonía sino en la fricción, el conflicto y la negociación permanentes. Véase Philip Corrigan and Derek Sayer, *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*, Oxford, Blackwell, 1985; Adolfo Gilly, *Chiapas, la razón ardiente-Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Ediciones Era, 1997.

³ Véase, por ejemplo, "Historia de Marcos y de los hombres de la noche", entrevista del subcomandante Marcos con Carmen Castillo y Tessa Brisac, 24 octubre 1994, en Adolfo Gilly, *Subcomandante Marcos*, Carlo Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, Taurus, México, 1995.

⁴ *L'An Cinq de la Révolution Algérienne*, Paris, Editions Maspero, 1959; *Les damnés de la terre*, Paris, Editions Maspero, 1961.

⁵ Ranahit Guha, "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India", en Ranahit Guha (ed.), *Subaltern Studies I. Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, 1996 [1982]. (Citado de la edición en castellano, Silvia Rivera y Rossana Barragán (comps.), *Debates Post Coloniales*, Ediciones Historias, Cochabamba, 1997)

⁶ El proceso de cercamiento y apropiación privada de las tierras comunales (*enclosure of common lands*) se inició en Inglaterra en el siglo XII y virtualmente se concluyó a finales del siglo XIX, dice la *Encyclopædia Británica* en la voz *Enclosure*: "En el resto de Europa el cercamiento (o deslinde) hizo escasos progresos hasta el

siglo XIX. Los acuerdos para cercar no eran desconocidos en Alemania en el siglo XVI, pero no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII cuando el gobierno comenzó a emitir decretos alentando el deslinde. Aun entonces, poco se avanzó en Alemania occidental hasta después de 1850. La misma política de estímulo por decreto se siguió en Francia y en Dinamarca a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, en Rusia después de la emancipación de los siervos (1861) y en Checoslovaquia y Polonia después de la Primera Guerra Mundial”. Fue paralelo en muchas regiones el proceso de marginalización y supresión de los idiomas locales y de unificación lingüística en el idioma del Estado-nación dominante: así como el idioma oficial es el vehículo del mando y de los intercambios mercantiles y culturales en el espacio nacional-estatal, los idiomas regionales suelen ser los de la conspiración o de los “discursos ocultos” de los oprimidos.

⁷ Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, Grijalbo, Barcelona, 1978, capítulo XXVII, “La lucha contra la economía natural”, p. 285.

⁸ En *The Great Transformation* (Boston, 1944, p.160), Karl Polanyi subraya el proceso de destrucción de la economía natural por la imposición violenta del mercado capitalista: “La catástrofe de la comunidad nativa es resultado directo de la rápida y violenta destrucción de las instituciones básicas de la víctima (que la fuerza haya sido o no utilizada en este proceso no parece igualmente relevante). Esas instituciones son destruidas por el hecho mismo de que una economía de mercado es impuesta sobre una comunidad organizada en forma totalmente diferente. El trabajo y la tierra son transformados en mercancías lo cual, una vez más, es sólo una fórmula rápida para la liquidación de todas y cada una de las instituciones culturales en una sociedad orgánica” (citado en Mike Davis, *Late Victorian Holocausts*, London, Verso Books, 2001, p.10).

⁹ Incluso por obra de los despojados: en Argelia, en la región de Sétif, donde estalló la rebelión del 8 de mayo de 1945 precursora de la revolución argelina, hacia 1880 los argelinos incendiaban los bosques que les habían sido confiscados por el Estado colonial en provecho de los colonos franceses. Ver Yves Benot, *Massacres coloniaux*, Paris, La Découverte, 2001, p. 19.

¹⁰ Conviene recordar aquí que desde fines del siglo XIX las organizaciones de artesanos y trabajadores creadas por anarquistas y anarcosindicalistas en Argentina y Uruguay se denominaban Sociedades de Resistencia, término éste de raigambre antigua y no sólo hallazgo de los días que corren.

¹¹ Jean-Marie Vincent, *Un autre Marx—Après les marxismes*, Paris, Editions Page deux, 2001, p. 16.

¹² Préstame tu gran ruido, tu gran andar tan dulce / Tu desliz nocturno a través de Europa iluminada / Oh tren de lujo! y la angustiada música /Que susurra por tus pasillos de cuero dorado, / Cuando tras de las puertas de laca, con cerrojos de pesado cobre, / Duermen los millonarios / [...] Sentí por vez primera la plena dulzura de vivir / En una cabina del Expreso del Norte, entre Wirballen y Pskow. / Nos deslizábamos a través de praderas donde los pastores, / Al pie de montes de grandes árboles como colinas, / Iban vestidos de pieles de cordero crudas y sucias... / (Ocho de la mañana en otoño, y la hermosa cantante / De ojos violeta cantaba en la cabina de al lado).

¹³ Valery Larbaud, *A. O. Barnabooth, ses œuvres complètes*, Francesco Guccini, La locomotiva.

¹⁴ Mike Davis, *Late Victorian Holocausts—El Niño Famines and the Making of the Third World*, London, Verso Books, 2001.

¹⁵ Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI Editores, 1998, p. 63, resume lo que denomina “el núcleo del discurso crítico de Marx” en estos términos: “En la base de la vida moderna actúa de manera incansablemente repetida un mecanismo que subordina sistemáticamente la “lógica del valor de uso”, el sentido espontáneo de la vida concreta, del trabajo y el disfrute humanos, de la producción y el consumo de “los bienes terrenales”, a la “lógica” abstracta del “valor” como sustancia ciega e indiferente a toda concreción, y sólo necesitada de validarse con un margen de ganancia en calidad de “valor de cambio”. Es la realidad implacable de la enajenación, de la sumisión del reino de la voluntad humana a la hegemonía de la “voluntad” puramente “cósica” del mundo de las mercancías habitadas por el valor económico capitalista”.

¹⁶ Richard Poulin y Pierre Salama (eds.), *L'insoutenable misère du monde—Economie et sociologie de la pauvreté*, Editions Vents d'Ouest, Québec, 1998.

¹⁷ Bolívar Echeverría, *op. cit.*, p. 116.

¹⁸ Dice la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (artículo 25): “Toda persona tiene derecho a un nivel de vida suficiente para asegurar su salud, su bienestar y los de su familia, en especial para la alimentación, el vestido, la vivienda, la atención médica así como para los servicios sociales necesarios. Toda persona tiene derecho a la educación, al trabajo y a la seguridad social”.

¹⁹ Dada la forma valor de los productos del trabajo propia de la sociedad del capital, “las actividades de producción se formalizan como absorción de la fuerza de trabajo (separada de los trabajadores) por la potencia abstracta del capital. Éste se incorpora los trabajos concretos de los asalariados para hacer del trabajo abstracto una especie de materia prima social que le permite su propia reproducción ampliada. Poco le importan las características inmediatas de las actividades de producción. Lo que quiere es subordinar a él la energía vital y la inteligencia de los asalariados (aspecto cualitativo de la explotación)”. (Jean-Marie Vincent, *op. cit.*, p. 238).

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, Walter, “Critique de la violence”, en *Œuvres*, Paris, Gallimard, 2000, vol. I, pp. 210–243; y “Sur le concept d’histoire”, *ibid.*, vol. III, p. 426–443. (Para este último escrito utilicé la traducción de Bolívar Echeverría, a quien agradezco su envío.)
- Benot, Yves, *Massacres coloniaux–1944-1950: la IVe. République et la mise au pas des colonies françaises*, Paris, La Découverte, 2000.
- Bensaïd, Daniel, *Les irréductibles – Théorèmes de la résistance à l’air du temps*, Paris, Editions Textuel, 2001.
- Bloch, Marc, *Les caractères originaux de l’histoire rurale française*, Paris, Armand Colin, 1999 [Oslo, 1931].
- Corrigan, Philip, and Derek Sayer, *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*, Oxford, Blackwell, 1985.
- Davis, Mike, *Late Victorian Holocaust-El Niño Famines and the Making of the Third World*, London, Verso Books, 2001.
- Echeverría, Bolívar, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI Editores, 1998.
- Fanon, Franz, *L’An Cinq de la Révolution Algérienne*, Paris, Editions Maspero, 1959.
- Fanon, Franz, *Les damnés de la terre*, Paris, Editions Maspero, 1961.
- Gilly, Adolfo, “Chiapas and the Rebellion of the Enchanted World”, in Daniel Nugent (ed.), *Rural Revolt in México – U.S. Intervention and the Domain of Subaltern Politics*, Durham, Duke University Press, 1998. En español: *Chiapas, la razón ardiente – Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Ediciones Era, 1997.

- Guha, Ranajit, "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India", in Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies I. Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, 1996 [1982]. [Citado de Silvia Rivera y Rossana Barragán (eds.), *Estudios Post Coloniales-Una Introducción a los Estudios de la Subalternidad*, Cochabamba, Bolivia, Ediciones Historias, 1997].
- Horkheimer, Max, *Anhelo de justicia-Teoría crítica y religión*, Madrid, Editorial Trotta, 2000.
- Horkheimer, Max, and Theodor W. Adorno, *Dialectic of Enlightenment*, New York, Continuum, 1997.
- Joseph, Gilbert and Daniel Nugent, *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.
- Löwy, Michael, *Walter Benjamin, Avertissement d'incendie-Une lecture des thèses "Sur le concept d'histoire"*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001.
- Luxemburgo, Rosa, *La acumulación del capital*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1978.
- Moore, Barrington, *Injustice: The Social Basis of Obedience and Revolt*, White Plains, N. Y., M. E. Sharpe, 1978.
- Polanyi, Karl, *The Great Transformation*, New York, Rinehart, 1944.
- Poulin, Richard, et Pierre Salama (eds.), *L'insoutenable misère du monde-Économie et sociologie de la pauvreté*, Québec, Editions Vents d'Ouest, 1998.
- Roseberry, William, "Hegemony and the language of contention", in Joseph Gilbert and Daniel Nugent, *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.
- Roux, Rhina, "Historia y comunidad estatal en México", en *Viento del Sur*, México, julio 1999, núm. 15, pp. 47-56.
- Scott, James C., *Domination and the Arts of Resistance-Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press, 1990. En español: *Los dominados y el arte de la resistencia-Discursos ocultos*, México, Ediciones Era, 2000.
- Subcomandante Marcos, "Historia de Marcos y de los hombres de la noche", entrevista con Carmen Castillo y Tessa Brisac, 24 octubre 1994, en Gilly, Adolfo, Subcomandante Marcos y Carlo Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1995.
- Thompson, E. P., *Customs in Common*, London, Merlin Press, 1991.
- Traverso, Enzo, *L'Histoire déchirée-Essai sur Auschwitz et les intellectuels*, Paris, Les Editions du Cerf, 1997.
- Vincent, Jean-Marie, *Un autre Marx-Après les marxismes*, Paris, Editions Page deux, 2001.